



#YoMeQuedoEnCasa

26 abril 2020
III Domingo de Pascua

GRACIAS



*"Cuando salga de ésta,
iré corriendo a aplaudirte"*

LA PALABRA

1ª: Hch. 2,14.22-33 | Salmo: 15
2ª: 1 P. 1,17-21 | Evangelio: Lc. 24,13-35

Creer para ver

JUAN INIESTA

El relato de los discípulos de Emaús es, posiblemente, aquél con el que más nos sentimos interpelados de todos los que recogen los Evangelios en este tiempo posterior a la Resurrección, en el que Jesucristo se muestra prolijo y cercano en el encuentro con sus discípulos. Nos llama poderosamente la atención, y nos sirve como pequeño examen de conciencia, la actitud derrotada, en retirada (se puede entender que los de Emaús están plenamente justificados para vivirlo así), de aquellos que conocieron de cerca al Mesías, al que traía la libertad, y que ya suman el tercer día desde que sucumbió. Muere el Cristo y, con Él, todos los proyectos que tenían montados en torno al Mesías sus numerosos seguidores.

Todos esos secuaces, todos, empezando por los Apóstoles que en la Última Cena aún discutían por el puesto más importante, y acabando por cualquiera que hubiera conocido a Jesús y tomado la decisión de apostar por Él, todos necesitaban hacer el camino de Emaús. Todos necesitaban (¡necesitamos!) participar de una segunda conversión. La primera llega en ese proceso en el que vamos conociendo, en un encuentro personal y cercano, auténtico y cargado de ilusión, al Dios personal manifestado en Jesucristo. Pero... Pero esa primera imagen, muy a menudo, necesita revisión, necesita resituarse, necesita re-conversión.

Los traspies y los muchos tumbos que en la vida vamos dando, como personas, como cristianos y miembros de la Iglesia, e incluso en nuestra relación íntima con Dios, nos llevan frecuentemente a la desilusión, al desengaño y hasta a la desesperanza. Y la ceguera se apodera de nosotros. Ceguera de quien no es capaz de salir de su egocentrismo, de su autorreferencialidad, que dice Francisco, para ir más allá; para ser más de Cristo, quien nos manifiesta la verdad de Dios y, por tanto, la verdad del hombre: el ser-para. ¡Qué magnífica debió de ser la catequesis que nos omite el evangelista! “Les fue explicando lo que se refería a Él en las Escrituras”. Y con esa explicación, con ese partir la Palabra, que fue seguido con el partir el pan, se les abrieron, no ya los ojos sino, sobre todo, el corazón. “¿No ardía...?” Estamos en tiempo de confinamiento, tiempo en el que valoramos la participación de la Eucaristía por contraste, por lo mucho que nos falta. Querriamos comulgar del Cuerpo del Salvador, ése que Él mismo parte y reparte entre los suyos. Tenemos otra oportunidad, la de re-descubrir el valor de la Palabra proclamada. Profundizar, orientados por el Espíritu del Señor, en el conocimiento de su Escritura para participar también de esa explicación que el mismo Jesucristo dedica a los de Emaús. Cristo sigue llamando a nuestro corazón. Quiere calentarlo. Quiere volver a ilusionarnos y ponernos en camino de regreso al encuentro con la comunidad que testimonia la Resurrección. “Era verdad”, dicen los Apóstoles al recibir de vuelta a los de Emaús. Que la fe nos abra los ojos para ver y reconocer a Dios y su proyecto para nosotros, también en estos tiempos de aparente derrotismo y desesperanza.



Hna. María Jesús Torres, Bolivia

Este tiempo lo vivimos con mirada atenta a la realidad. Con preocupación y dolor por tanto sufrimiento, soledad, tristeza y muerte. Con incertidumbre, pero a la vez con fe y esperanza por tantos gestos, actitudes y situaciones de solidaridad, escucha, cercanía, de compartir, de apoyo, ayuda... Con esperanza y en oración porque tenemos la certeza de que la vida es más fuerte que la muerte y de que, en esta lucha por la vida, no estamos solos porque el Señor está presente y camina a nuestro lado, con nosotros. Intentamos poner nuestro granito de arena para que tomemos conciencia de la situación, de la importancia de quedarse en casa, de cumplir las normas de higiene y de la cuarentena para el bien de todos, de la necesidad de cuidarnos unos a otros.



Heliodoro Picazo, Guatemala

En Guatemala, estamos confinados. El Presidente, que es médico, está alertando de los peligros de la pandemia que se vive, en general, poniendo la confianza en Dios. En las familias, se reza el rosario y han hecho los vía crucis en cuarentena. Desde que comenzó el toque de queda y se declaró estado de calamidad, a las 12, se tocan las campanas en todas las iglesias y se reza el Regina Coeli. Han seguido la Semana Santa por radio o Facebook, publicado en sus parroquias, y lo han seguido miles de personas. Hay preocupación por la pobreza y las familias en necesidad.



Hna. María Ángeles Lara López, Brasil

Brasil es tan grande que cada Estado lo está viviendo de manera distinta. En Guarapará, las personas están desorientadas. Hay algunos que no están respetando el aislamiento social por lo que el ambiente es extraño y no hay un sentido de comunión ante esta situación. El pueblo está dividido como sus representantes. El presidente dice que lo importante es trabajar, que este virus no es para tanto, mientras los gobernadores suprimieron hace un mes actividades masivas, escuelas y cerraron los comercios. Muchas familias, que se mantienen con el trabajo de recogida de latas o vendiendo cosas en la playa, están sufriendo la experiencia de no tener dinero para comprar los alimentos del día. Aquí, las familias ganan en un día lo justo que van a gastar el día siguiente. Recibimos productos básicos de muchas personas solidarias y los repartimos a las familias más necesitadas. Acompañamos con nuestra oración y les hacemos sentir que no están solos.



Nuestros misioneros contrarrestan el COVID19

El Covid19 golpea en el mundo. Es pandemia declarada y el casi centenar de misioneros albaceteños sigue muy de cerca la evolución del coronavirus. Lugares diferentes pero una confianza única: Dios. Hoy viajamos por el mundo, a través de algunos de nuestros misioneros, y compartimos con ellos el sufrimiento y la preocupación, tanto por lo que viven como por las noticias que les llegan desde España.

Pedro Jesús Arenas, Ecuador

En Ecuador, llevamos más de un mes de confinamiento obligado y paro de la actividad económica. El país arrastra una grave crisis económica desde el año pasado. Está afectando más duramente en Guayaquil y las provincias de alrededor, pero se está extendiendo en todo el país. No tenemos información clara y fiable de cómo avanza la enfermedad. Lo estamos viviendo con mucha preocupación, solidaridad y esperanza.

El 50% de la población no tiene un empleo fijo, sino que vive al día. Como Iglesia, buscamos acompañar la fe a través de las redes sociales. Es muy hermoso el movimiento que se ha despertado en tantos hogares que, como iglesia doméstica, se está celebrando y viviendo la fe en familia. Acompañamos muchos duelos que se están viviendo de manera tan difícil. Las parroquias son centros de acopio de víveres que se entregan a las familias más desfavorecidas.



Emilio Ballesteros, Argentina

Estamos en cuarentena con normas bastante estrictas de aislamiento. Esto se hace difícil en los barrios más carenciados. Hasta el día de hoy, la situación está controlada. Los casos positivos son más de tres mil y los fallecidos son unos 150. Se teme la curva ascendente. Además del problema de salud, está el económico. A nivel pastoral, se está trabajando bastante por medio de las redes.



Mons. Ángel Floro, Zimbabwe

En Zimbabwe, estamos en la cuarta semana de confinamiento. La Iglesia se adelantó una semana en suspensión de actos de culto y reuniones. A la doble crisis de una economía en ruinas (más del 80% de paro y una inflación galopante) y la hambruna debido a la sequía (8 millones necesitan ayuda alimentaria), se une ahora la crisis del coronavirus donde los más afectados son el 60% de la población, que sobrevive del mercado callejero, y ahora se ve confinado haciendo frente a la pandemia del hambre. Nuestro deseo ferviente y oración es que esta pandemia no se extienda porque esta tragedia se convertiría en una catástrofe.

Hna. Belén Sánchez, Bolivia

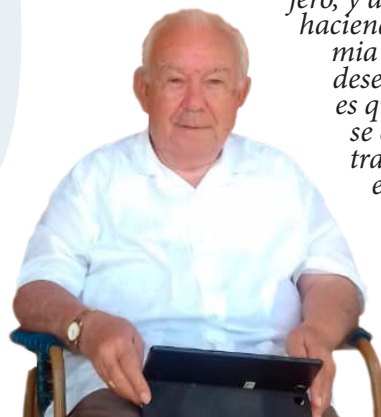
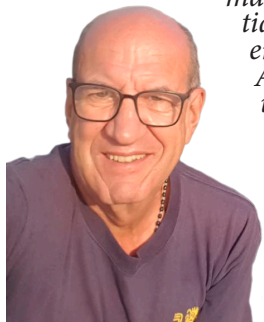
En este barrio de la zona Sur de Cochabamba, con miedo a lo desconocido y respetando la cuarentena, estamos pendientes de nuestros vecinos y de los más desprotegidos, bien por el teléfono o yendo a sus casas. Dos preguntas que se han incluido en el día a día: ¿Cómo están, necesitan algo? Entonces es el momento de escuchar o salir rapidito a compartir algo con el que está en silla de ruedas, o la abuela que está sola con cinco nietos, o con quien ha muerto el familiar de repente y acompañamos desde la acera de enfrente cantando el "resucitó", o poniendo mensajes de esperanza Pascual en la puerta de casa para los que pasan.



Francisco Javier Pla, Nicaragua

En Nicaragua estamos viendo, con estupor, la estela de muerte y sufrimiento que está causando la actual pandemia. Aquí, podemos decir que estamos en una calma tensa esperando sus efectos en una población mucho más vulnerable, en muchos sentidos, pero mucho

más resiliente por la cantidad de problemas que enfrenta continuamente. Aquí, solo han reportado un par de muertos y no hay medidas, aún, de distanciamiento social. Mantenemos la esperanza de que, pase lo que pase, Dios nunca defrauda y siempre abre caminos en el abismo.



Hna. Mari Carmen Gil, Bolivia

Llevamos en confinamiento desde el 22 de marzo. El Gobierno ha tenido que dar ayudas de muchos tipos, y a mucha gente, pues la mayoría de la población vive del día a día. Todos colaborando con generosidad desde la sanidad, militares, policías y servicios esenciales.



Un Iglesia resucitada con calma y alma



ANTONIO CARRASCOSA

Ahora, que tanto se habla de resucitar a través de esta crisis, conviene que hagamos una distinción crucial para no caer en equívoco: No es lo mismo aparecerse un muerto que resucitar.

Aunque los relatos evangélicos hablan de la Resurrección de Jesús a través de sus apariciones, también alertan de que no puede, ni mucho menos, reducirse a ellas. La simple aparición de un muerto no nos lleva a nada. Y, si no, que se lo digan al rico que padece los tormentos del infierno en la conocida parábola. Cuando este suplica a Abrahán que envíe al difunto Lázaro a sus hermanos, con el fin de prevenirles, el Patriarca zanja la conversación con una lapidaria respuesta: “Si no hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque resucite un muerto” (Lc 16, 31).

Sin duda, hay quien quiere leer esta pandemia y la salida de ella en términos de aparición más que de Resurrección. Es mucho más fácil, la verdad, y requiere menos profundidad. En efecto, esta situación es algo que nos sacude invisiblemente, que se ha presentado de improviso y adquiere unos tintes tremendos, que aterra, que nos muestra en unas pocas semanas, así de golpe, un mundo de fragilidad y de muerte al que no estábamos acostumbrados, un shock. Ciertamente, se nos ha aparecido un muerto.

Oímos, frecuentemente, aquello de que la pandemia nos va a enseñar mucho, que muestra nuestra fragilidad, el mundo injusto que habíamos construido, que somos una sola humani-

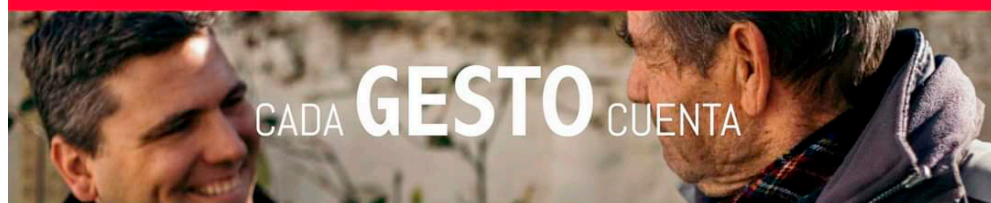
dad, que todos saldremos distintos, etc. Pero yo no las tengo todas conmigo, la verdad. Por naturaleza soy optimista pero, cuando oigo todas estas cosas, os confieso que enseguida me viene a la cabeza la respuesta de Abrahán: *Si no hemos hecho caso antes, aunque se nos aparezca un muerto...*

Y me da mucho miedo, os lo digo de corazón, que la Iglesia quiera aprovechar esta “aparición” para agitar un fantasma en vez de proclamar una auténtica Resurrección. En estas circunstancias, sería un error monumental desempolvar formas mágicas de religiosidad, cercanas a la superstición, tratando con infantilismo a la gente, ofreciendo una espiritualidad de fachada a base de ritos que son emotivos, sí, pero que carecen de alma. No podemos exhibir lo más sagrado que tenemos como si fuese un amuleto mágico contra el virus, porque eso es tratar a Jesucristo como un fantasma y no como el Resucitado. Es evidente que

todas estas manifestaciones adquieren una rápida difusión e, incluso, admiración emocionada. Pero qué queréis que os diga... A mí, esto, utilizando las palabras de un buen teólogo español, me parece sembrar ateísmo. Y es que, no lo olvidemos, las apariciones son espectaculares, sí, pero todas terminan por des-aparecer.

La Iglesia está llamada a ir más allá de la aparición para poder vivir y proclamar la Resurrección. Este paso exige más profundidad, más tiempo, más serenidad, ya lo sé. Pero es la única manera. No busquemos atajos rápidos. El papa Francisco, en un reciente artículo que titula *Plan para resucitar*, habla de una iglesia que aporte “calma y alma” a la situación. Qué manera más bonita de decirlo. Nadie sabe muy bien cómo será nuestra sociedad después de esto. Lo que sí sabemos es que vamos a necesitar una Iglesia nueva, resucitada, y para ello hacen falta calma y alma. No es tiempo de precipitarnos con respuestas fáciles, sino de ahondar. Muchos de nuestros tradicionales medios pastorales quizás ya no nos sirvan, pero no será momento de miradas nostálgicas, sino de abrir un tiempo de verdadera creatividad. Volvamos a nuestras raíces y repensemos todo otra vez, contemplemos de frente al Crucificado en los crucificados de nuestro mundo, que ya eran muchos y que serán más cuando esto termine. Así lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús: ante la tentación de volver al dulce hogar les propone volver a la cruz. Eso sí, a través esa mirada con calma y con alma que da leerlo todo “empezando por Moisés y siguiendo por los profetas” (Lc 24, 27). ¡Cuánta razón llevaba Abrahán!

ante el **CORONAVIRUS**




Caritas
Diocesana de Albacete

DONA

967 22 26 00

www.caritasalbacete.org

ES75 2048 4000 1734 0000 0139

LA PALABRA

1ª: Hch. 2,14.22-33 | Salmo: 15
2ª: 1 P. 1,17-21 | Evangelio: Lc. 24,13-35

Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios;

iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido, Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué?».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?».

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron.

Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

